Laura Bellini



No apagues esta canción

Compartir el mismo ritmo no basta para confiar

No apagues esta canción

Compartir el mismo ritmo no basta para confiar

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384901151

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - El precio del silencio 12
Capítulo 2 - Entre las notas 22
Capítulo 3 - Los sonidos que no se oyen 35
Capítulo 4 - Lo que no estaba escrito en la partitura 46
Capítulo 5 - El derecho a decir no 61
Capítulo 6 - La primera vez sin partitura 73
Capítulo 7 - Entre el deseo y la verdad 85
Capítulo 8 - Al otro lado del escenario 95
Capítulo 9 - El valor de la imperfección 106
Capítulo 10 - Sin distancias de seguridad 117
Capítulo 11 - Un lugar para dos 130
Capítulo 12 - Las condiciones que no habíamos acordado 141
Capítulo 13 - No todo está en venta 153
Capítulo 14 - Todo lo que podríamos perder 164
Capítulo 15 - La verdad en la letra pequeña 175
Capítulo 16 - El silencio después del último acorde 187
Capítulo 17 - Con mi propia voz 197
Capítulo 18 - El precio de hacer lo correcto 206
Capítulo 19 - En igualdad de condiciones 218
Capítulo 20 - La canción que no apagamos 228

INTRO

El primer sonido que saqué del violín resultó tan extraño que miré instintivamente el instrumento, como si por error hubiera sacado del estuche uno que no era mío. La cuerda de la sonó estridente, impaciente, acompañada por el desagradable roce del arco. Me detuve después de tres notas. El estudio quedó sumido en un silencio en el que se distinguían la lluvia golpeando el alféizar de madera y el suave crujido de la estufa encendida.

— Estupendo — murmuré -. Cuatro meses sin tocar y sueno como una alumna que acaba de ver una partitura por primera vez.

Apoyé de nuevo el violín sobre el hombro y lo intenté otra vez. Esta vez, mis dedos hicieron exactamente lo que esperaba de ellos. La técnica nunca me había fallado. Ni siquiera durante mi último concierto, cuando estaba frente a una sala abarrotada de la Filarmónica Nacional de Varsovia y tenía la impresión de que alguien había apagado todo lo que había dentro de mí, salvo la memoria muscular, cometí un solo error. El público se puso en pie. El director me estrechó la mano. En el camerino recibí flores y, después, cerré la puerta y permanecí veinte minutos sentada en el suelo, incapaz siquiera de quitarme los zapatos de concierto.

Desde aquella noche no había vuelto a actuar.

Ahora, en una casa de madera situada a varios kilómetros de un pueblo de Podlaquia, me proponía averiguar si todavía era capaz de tocar por puro placer. No para el público, los críticos ni las personas que llevaban años repitiéndome lo disciplinada que era. Y, sobre todo, no para quienes

consideraban que el talento obligaba a demostrar constantemente el propio valor.

Sobre el atril que tenía delante descansaba un cuaderno de tapas azul marino. En él había escrito mi plan para seis semanas. Nueve composiciones, ningún arreglo orquestal, nada de corregir las emociones mediante recursos electrónicos. Violín, piano y, en ocasiones, guitarra. Sonidos lo bastante desnudos como para permitirme escuchar mis propios errores y decidir cuáles necesitaban realmente una corrección.

El álbum iba a ser mío.

Esa había sido la primera condición que puse antes de aceptar venir.

Vi parpadear la luz roja en la pantalla de la grabadora. Seguía grabando, aunque no tenía ninguna intención de conservar aquel ensayo. Me acerqué a la mesa de mezclas, encontré el botón correspondiente y detuve la grabación. Entonces oí una voz masculina a mi espalda.

— Qué lástima. Justo empezaba a ponerse interesante.

Me volví con más brusquedad de la que cabría esperar de una mujer que se ganaba la vida gracias a la precisión de sus movimientos.

En la puerta había un hombre alto, con un jersey azul marino oscuro, el pelo mojado y una taza de café en la mano. Debía de rondar los cuarenta años. No tenía aspecto de alguien que se hubiera perdido buscando la recepción. Observaba el estudio con la desenvoltura de su propietario, aunque sus ojos se detuvieron en mí con un interés que no intentó disimular.

— Se suponía que el estudio estaría vacío hasta mañana — dije.

— Se suponía.

— Es una respuesta extraordinariamente poco útil.

Una de las comisuras de sus labios se movió ligeramente.

— Miłosz Lew. Productor.

No me tendió la mano al ver que todavía sostenía el violín y el arco. En lugar de eso, dejó la taza sobre una estantería junto a la puerta.

Conocía su apellido. Había escuchado grabaciones producidas por él y también había oído hablar de su silencio profesional. Durante el último año había rechazado entrevistas, no había aparecido en acontecimientos del sector y, según decían, había descartado varios proyectos por los que otros productores habrían sacrificado meses de su vida. Nadie sabía si estaba harto de la música, de la gente o de sí mismo.

— Celina Dąb — me presenté, aunque resultaba difícil creer que no supiera con quién iba a trabajar.

— Lo sé.

— Entonces también sabrá que hoy reservé el estudio exclusivamente para mí.

— También sé que no ha almorzado. Hay sopa en la cocina.

Lo miré incrédula.

— ¿Forma parte de su método de producción? ¿Entrar sin llamar y controlar las comidas?

— No. Eso forma parte de ser un buen anfitrión. Mis métodos de producción son bastante más irritantes.

Debería haberme molestado. Hasta cierto punto, así era. No soportaba a las personas que se comportaban como si

pudieran adivinar mis necesidades después de cinco segundos de conocerme. Al mismo tiempo, había algo desarmante en su respuesta. No se justificaba en exceso ni intentaba convertirlo todo en un cumplido.

En vez de seguir discutiendo, regresé al centro de la habitación.

— Me gustaría terminar el ensayo.

— Por supuesto.

No se marchó.

Arqueé las cejas.

— Preferiblemente a solas.

Durante un instante me observó con atención. Después asintió y se apartó de la puerta.

— Tiene razón. Disculpe que haya entrado sin avisar.

Aquella respuesta tan sencilla me sorprendió más que su descaro anterior. Estaba acostumbrada a hombres que interpretaban mis límites como una invitación a negociar. Él simplemente los aceptó.

Estaba a punto de salir cuando reparó en una hoja sujeta al tablón de corcho.

— ¿Es el orden de las piezas?

— Provisional.

— Veo que ha dejado espacio para una décima.

— No tengo previsto incluir una décima.

— Entonces, ¿por qué la numeración termina en el once?

Apreté los labios. No quería reconocer que tenía razón. Había eliminado dos composiciones de mi planificación incluso antes de llegar, pero había conservado los números

originales. Una no podía interpretarla sin recordar mi último concierto. La otra era incapaz de terminarla.

— Porque no todo tiene que estar listo el primer día — respondí.

— En eso estamos de acuerdo.

Retrocedió hacia el pasillo. Oí sus pasos sobre las escaleras de madera y, poco después, el sonido apagado de una puerta al cerrarse.

Solo entonces dejé escapar el aire.

Eché un vistazo al móvil. Tenía tres llamadas perdidas de mi antiguo representante y un mensaje que no pensaba abrir. Ya había rechazado participar en la gira de conciertos de invierno. No me interesaban más argumentos sobre la reputación, los compromisos y esas oportunidades que solo se presentan una vez en la vida. Durante años, cada una de aquellas oportunidades me había costado un poco más de lo que estaba dispuesta a entregar.

Apoyé el arco sobre las cuerdas.

En lugar de la pieza que había planeado ensayar, empecé a interpretar una melodía que llevaba meses sin escribir. Había nacido durante una noche de insomnio, cuando intentaba recordar por qué, de niña, era capaz de practicar durante horas sin que nadie me obligara. Al principio era sencilla, casi infantil. Después aparecía en ella algo inquietante, una frase que quedaba suspendida a la mitad, como una palabra que alguien no había tenido valor para pronunciar.

Toqué durante más tiempo del previsto. La lluvia al otro lado de la ventana fue perdiendo intensidad. Me olvidé del teléfono, del plan inacabado y de aquel hombre que había

advertido con demasiada facilidad los huecos de mi cuaderno.

Cuando se extinguió la última nota, escuché un leve clic.

La grabadora estaba funcionando otra vez.

Me acerqué a la mesa de mezclas. En la pantalla aparecía un archivo nuevo, identificado con la fecha y la hora de inicio de la grabación. No había tocado el equipo desde que detuve el ensayo anterior. Tal vez se hubiera activado automáticamente, pero todavía no conocía la configuración del estudio.

Entonces reparé en un teléfono que alguien había dejado junto al teclado. No era el mío. En la pantalla iluminada apareció una notificación que desapareció antes de que pudiera apartar la mirada.

«Oferta de licencia: esperamos confirmación del alcance del material».

No conocía al remitente. Tampoco sabía si el mensaje tenía algo que ver con mi proyecto. Aun así, sentí una desagradable y familiar opresión en el estómago.

Cogí mi propio móvil y abrí la correspondencia con Miłosz. Allí estaban los términos de nuestro acuerdo, escritos con absoluta claridad: ninguna grabación sería entregada a terceros sin mi autorización expresa. Ni versiones de prueba, ni fragmentos de composiciones, ni piezas terminadas.

Oí sus pasos en el pasillo.

Esta vez llamó.

— ¿Celina? Me he dejado el teléfono. ¿Puedo entrar?

Miré el archivo de la nueva grabación. El mensaje con nuestro acuerdo. La puerta tras la que esperaba un hombre

cuya voz sonaba igual de tranquila cuando se disculpaba que cuando me provocaba para iniciar una conversación.

— Puedes — respondí, abandonando deliberadamente el trato formal -. Pero antes me gustaría preguntarte algo.

Entró y se detuvo junto al umbral.

— Te escucho.

No señalé su teléfono. No pensaba acusarlo basándome en una notificación que quizá no tuviera absolutamente nada que ver conmigo. Le mostré la grabadora.

— ¿Este sistema empieza a grabar por sí solo?

Se acercó a la mesa de mezclas, dejando una pequeña distancia entre nosotros. Olía a lluvia, a café y a algo sutilmente amaderado. Comprobó los ajustes y después negó con la cabeza.

— No debería. Voy a averiguar qué ha pasado. De momento, no borraremos ni utilizaremos nada sin que tú lo decidas.

Lo miré. De cerca pude distinguir unas pequeñas arrugas alrededor de sus ojos y la marca de una antigua herida en una mano. No apartó la mirada, aunque guardé silencio el tiempo suficiente para que la conversación empezara a resultar incómoda.

— Esa melodía era preciosa — dijo finalmente -. No la había escuchado antes.

— Porque todavía no se la he mostrado a nadie.

— Entiendo.

No me pidió que volviera a tocarla.

Y yo, de pronto, deseé que lo hiciera.

Eso fue precisamente lo que más me inquietó. No el teléfono ajeno ni la grabación inesperada, sino darme cuenta de que, después de apenas unos minutos hablando con un hombre al que acababa de conocer, quería permitirle entrar en aquella parte de mi música que hasta entonces había protegido de todo el mundo.

— ¿Miłosz?

— ¿Sí?

Deslicé un dedo sobre la tapa cerrada del cuaderno azul marino.

— Si algún día te dejo escucharla entera, ¿cómo sabré que seguirá perteneciéndome?

No respondió de inmediato. Primero miró el cuaderno y luego me miró a mí.

— Tendrás que ver qué hago cuando nuestras opiniones dejen de coincidir.

Por la ventana abierta llegó el olor de la madera mojada. Miłosz estaba lo bastante cerca como para que le bastara dar un solo paso y colocarse a mi lado, pero no lo hizo.

Todavía no sabía si deseaba más conocer su respuesta o descubrir cuánto tiempo sería capaz de mantener las distancias con un hombre que, en lugar de prometerme que podía confiar en él, acababa de reconocer que tendría que ganarse mi confianza.

Capítulo 1 - El precio del silencio

A la mañana siguiente encontré en la cocina una nota que decía que el desayuno estaba en la nevera y que el estudio estaría disponible a partir de las nueve. Debajo, alguien había añadido con una letra pequeña e inclinada: «La cafetera solo hace un café decente al segundo intento. Tira el primero».

Observé el mensaje y sonreí sin querer. Al parecer, Miłosz Lew pertenecía a esa clase de personas capaces de manejar sofisticados equipos musicales, pero que habían perdido una guerra de años contra una cafetera. No pensaba admitir que aquella pequeña imperfección lo había vuelto un poco más interesante.

Al otro lado de la ventana se extendía un paisaje que no habría sido capaz de reproducir de memoria ni siquiera después de pasar allí varios días. Prados mojados, abedules, una oscura franja de bosque y una carretera estrecha que desaparecía tras una curva. La casa se alzaba sobre una pequeña elevación, lejos de las construcciones más cercanas. Cuando reservé mi estancia, aquel aislamiento me había parecido su mayor ventaja. Ahora me preguntaba si seis semanas en compañía de un hombre capaz de cuestionar todo mi plan con una sola frase no resultarían más difíciles que volver a subirme a un escenario.

Tenía treinta y cuatro años y durante la mayor parte de mi vida adulta había tomado decisiones basándome en lo que parecía sensato. Estudios sensatos, contratos sensatos, un repertorio elegido con sensatez. Incluso mi pausa profesional había sido presentada al mundo como un descanso razonable después de una temporada intensa.

La verdad era bastante menos elegante.

Ya no soportaba escuchar mi propia música.

Llegué al estudio quince minutos antes de la hora acordada. Miłosz estaba sentado frente a la mesa de mezclas, vestido con una camisa clara y las mangas remangadas. En la pantalla del ordenador aparecía una lista de archivos. Levantó la mirada cuando entré y después apartó la silla que tenía a su lado.

— Buenos días. ¿La cafetera ha superado la prueba?

— Al segundo intento.

— Entonces las instrucciones han servido de algo.

— No te acostumbres a que siga tus recomendaciones.

Sonrió, pero antes de que pudiera contestar señaló la pantalla.

— He revisado la grabación de ayer. La grabación automática había quedado activada desde la sesión anterior. No me di cuenta al preparar el estudio. Fue culpa mía.

Sentí alivio, aunque no tenía intención de demostrarlo demasiado.

— ¿El archivo se ha quedado aquí?

— Sí. Nadie lo ha escuchado aparte de mí. Necesitaba comprobar qué se había grabado.

— Habría preferido que me preguntaras antes.

Asintió.

— Debería haberlo hecho. No volverá a ocurrir.

No intentó convencerme de que estaba exagerando. Aquello me dejó sin el argumento que ya había preparado. En su lugar, sentí la incómoda certeza de que podía

mantenerme firme sin tener que justificar cada una de mis palabras.

— Quiero conservar una copia — dije.

— Por supuesto. La pasaré a tu disco. También dejaremos constancia del origen del archivo para evitar cualquier duda.

Dejé el cuaderno azul marino sobre el escritorio.

— Entonces podemos empezar.

Miłosz miró mis apuntes, pero no los tocó sin permiso. Solo cuando deslicé el cuaderno hacia él abrió la primera página. Durante varios minutos leyó en silencio, siguiendo con un dedo las anotaciones que había escrito. Observé su rostro buscando las reacciones a las que me había acostumbrado en mis reuniones con productores. Impaciencia, condescendencia, un entusiasmo demasiado rápido destinado a facilitar la posterior imposición de sus propias ideas.

No encontré ninguna.

— Quieres grabar nueve composiciones en seis semanas — dijo finalmente.

— Sí.

— ¿Cada una debe tener su propia estructura?

— Todas tienen ya una.

— No te pregunto eso. Quiero saber si permitirás que la estructura cambie durante la grabación.

Lo observé con más atención.

— No tengo intención de hacer un álbum improvisado.

— Yo tampoco. Pero si has venido aquí únicamente para reproducir las notas que has escrito, podríamos grabarlo todo en tres días.

— Técnicamente, probablemente sí.

— Y seguramente sería un disco muy bueno.

No esperaba aquella respuesta.

— Pero me parece que hay un «pero».

— Pero no sería el disco que has venido a buscar.

Cerré el cuaderno.

— No me conoces lo suficiente para juzgar eso.

— Conozco tus grabaciones.

— No es lo mismo.

— Precisamente por eso quiero que trabajemos de otra manera.

Durante unos instantes solo oí el zumbido constante de la ventilación. No me gustaba que hablara con tanta seguridad de algo que ni siquiera yo sabía definir. Me gustaba todavía menos que una parte de mí quisiera escuchar lo que tenía que decir a continuación.

— ¿Cuál es tu condición? — pregunté.

Miłosz se recostó en la silla.

— Durante la primera semana no grabaremos material destinado al álbum. Haremos ensayos, probaremos sonidos y buscaremos lo que realmente te interesa. Sin la presión de tener que terminar una pieza.

— No he pasado dos meses preparando un plan para abandonarlo ahora.

— No te pido que lo abandones. Te pido que aceptes la posibilidad de que no todo lo que contiene sea necesario.

— Es fácil decirlo cuando no vas a tener que responder después por el resultado.

— Responderé por la calidad de la producción. Precisamente por eso pongo esa condición.

Sentí aquella impaciencia tan conocida. A la gente de la industria le encantaba hablar de libertad artística hasta que surgía la posibilidad de cederle de verdad el control al intérprete. Entonces comenzaban las sugerencias, las consultas y los argumentos sobre el mercado. Había escuchado demasiadas veces que debía ser más accesible, más atrevida o menos exigente.

— No aceptaré un experimento cuyas reglas desconozco — dije.

— Lo entiendo. Establezcámoslas juntos.

Aquella respuesta volvió a desconcertarme.

— ¿No intentas convencerme?

— Sí. Pero no pienso hacerlo ignorando tus objeciones.

Se levantó y se acercó al instrumento situado bajo la ventana. Era un piano antiguo de madera oscura, arañado en algunos lugares y con una de las patas sustituida. Levantó la tapa, pulsó varias teclas e hizo una ligera mueca.

— ¿Lo oyes?

— El segundo fa está un poco bajo.

— Exactamente. El afinador vendrá el jueves. Antes me gustaría comprobar si este instrumento tiene sentido en alguna de las composiciones.

— ¿Desafinado?

— Imperfecto. Hay una diferencia.

Se sentó e interpretó una sencilla secuencia de acordes. No era especialmente espectacular. Sin embargo, bajo sus dedos sonaba como si cada nota tuviera derecho a resonar

hasta extinguirse por completo. Miłosz no aceleraba ni intentaba demostrar su habilidad. Escuchaba el instrumento en lugar de obligarlo a obedecer.

— Tocas bien — dije antes de poder contener el comentario.

— Lo suficiente para saber cuándo detenerme.

Volvió la cabeza y su mirada permaneció sobre mí un segundo más de lo necesario para nuestra conversación. Advertí una leve huella de cansancio bajo sus ojos. Era atractivo de una manera que tenía poco que ver con unos rasgos perfectos. Me atraían su atención, la seguridad tranquila de sus movimientos y el hecho de que no necesitara llenar cada instante con su propia voz.

— No quiero otro disco que alguien considere simplemente correcto — dije en voz más baja.

Miłosz apartó las manos del teclado.

— Entonces ya estamos de acuerdo en algo.

— Eso todavía no significa que acepte tus condiciones.

— No espero una rendición inmediata.

— Bien. Porque no la habrá.

Soltó una breve carcajada. No era la risa de un hombre que encontrara divertida a su interlocutora contra su voluntad. Más bien parecía alguien que disfrutaba sinceramente de nuestro intercambio.

Regresamos a la mesa de mezclas. Abrí el cuaderno y propuse un compromiso: tres días de ensayos sin obligación de utilizar las grabaciones y, después, una evaluación conjunta del material. Si no encontrábamos una dirección, volveríamos a mi plan original. Miłosz lo pensó unos instantes y después pidió un cuarto día.

— ¿Por qué?

— Porque el primero intentarás demostrar que tu plan es perfecto. El segundo estarás enfadada porque no lo es. El tercero quizá empecemos a trabajar de verdad.

— ¿Y el cuarto?

— Veremos si todavía quieres echarme.

No pude evitar sonreír.

— Eres insoportablemente seguro de ti mismo.

— A veces. Es una de mis cualidades menos atractivas.

Durante un momento ninguno de los dos habló. Me di cuenta de que estábamos sentados muy cerca y apenas quedaba espacio entre nuestros hombros. Él no se acercó más. Yo tampoco me moví, aunque era mucho más consciente de aquella distancia de lo que me habría gustado reconocer.

Finalmente aparté el cuaderno.

— Cuatro días. Después tomaré una decisión.

— Revisaremos juntos el material — corrigió -. La decisión sobre tus composiciones será tuya.

Lo miré directamente a los ojos.

— Recordaré esas palabras.

— Eso espero.

Por la tarde comenzamos el primer ensayo. Miłosz no modificó mis partituras. En cambio, me pidió que tocara una de las piezas sin metrónomo y sin mirar las notas. Al principio me negué. Sin embargo, cuando me enseñó cómo pensaba colocar los micrófonos, empecé a comprender su intención. No buscaba la imperfección por la imperfección

misma. Quería captar el instante en que la música dejaba de ser un ejercicio.

El primer intento resultó rígido. El segundo, demasiado prudente. En el tercero me detuve a mitad de una frase.

— No puedo — dije.

Miłosz apagó la monitorización.

— ¿Qué es lo que no puedes?

— Tocar como si nada importara.

— No te he pedido eso.

— Me has pedido que deje de controlar cada detalle.

— No es lo mismo.

Dejé el arco, irritada por mi propia impotencia.

— Para mí, a veces sí.

No respondió inmediatamente. Se acercó a la ventana y descorrió la pesada cortina. La luz de la tarde entró en la habitación, arrancando cálidos tonos de miel a la madera.

— Celina, no estoy intentando quitarte el control. Solo quiero que puedas decidir cuándo lo necesitas de verdad.

Lo dijo sin presionarme. Y precisamente por eso sus palabras me llegaron con más fuerza de la que deberían.

Aparté la mirada antes de que viera cuánto me habían conmovido.

Cuando terminamos, en la pantalla del ordenador aparecían una docena de fragmentos breves. Ninguno servía todavía para el álbum. A pesar de ello, por primera vez en meses no sentía decepción al terminar de trabajar. Estaba cansada, pero no vacía.

Miłosz guardó el material en una carpeta identificada con mi apellido.

— Hoy recibirás una copia de todos los archivos — dijo -. Sin que yo haga ninguna selección.

— Gracias.

Cerré el estuche del violín y me dirigí hacia la puerta. Sin embargo, me detuve al escuchar mi nombre.

— ¿Celina?

Me volví.

— ¿Sí?

— La melodía de ayer. No tienes que enseñársela a nadie. Pero si algún día decides volver a ella, me gustaría escucharla.

Durante unos instantes lo miré, buscando alguna petición encubierta de permiso para algo más.

No la encontré.

— Tal vez — respondí.

Sonrió.

— Es una respuesta sincera.

Salí del estudio con la extraña sensación de que había ocurrido algo más importante que establecer un calendario de trabajo. Durante varias horas no había tenido que ser una violinista extraordinaria ni una mujer que siempre sabía lo que quería. Había podido ser simplemente una persona que intentaba recuperar su propia voz.

En las escaleras me detuve y miré por la ventana el bosque que se iba oscureciendo. Desde abajo llegó el sonido del piano. Miłosz tocó unos cuantos acordes, guardó silencio y después comenzó de nuevo.

No reconocí la melodía.

Aun así, permanecí en las escaleras hasta que terminó.

Capítulo 2 - Entre las notas

El segundo día me despertó el aroma del pan recién hecho. Durante unos segundos no supe dónde estaba. El techo de madera, las sábanas claras y el murmullo de la lluvia al otro lado de la ventana no se parecían a mi apartamento de Varsovia. Solo cuando vi el estuche cerrado del violín junto al armario recordé Podlaquia, el estudio y al productor que consideraba que podía crear mejor música si dejaba de esforzarme tanto por conseguirlo.

En el móvil me esperaba un mensaje de mi amiga Marta.

«¿Sigues viva? ¿Ese productor misterioso tuyo ya ha conseguido sacarte de quicio?».

Sonreí y le respondí que seguía viva y que, al parecer, sacarme de quicio formaba parte de sus competencias profesionales. Marta contestó inmediatamente.

«Suena prometedor. Solo ten cuidado de no volver a intentar ser valiente en vez de feliz».

Dejé el teléfono.

Marta era la única persona a la que había contado la verdad sobre mi último concierto. No aquella versión cómoda sobre el agotamiento y la necesidad de descansar, sino lo que ocurrió cuando, de pie frente al público, me sentí completamente desconectada de mi propia vida. Durante mucho tiempo había pensado que aquel era el precio del éxito. Marta lo había llamado perderme a mí misma.

Todavía no sabía si tenía razón.

Encontré a Miłosz cortando pan en la cocina. Llevaba unos pantalones oscuros y una camiseta gastada. Sin la

camisa del día anterior parecía menos formal, lo cual no me facilitaba en absoluto mantener las distancias.

— Buenos días — dijo sin volverse -. El café está listo. Esta vez incluso ha salido bien a la primera.

— Estás progresando.

— Intento hacer méritos para ganarme tu aprobación.

Colocó un plato delante de mí y señaló una silla junto a la mesa. Me senté, sintiéndome por un instante como una invitada en casa de alguien a quien conocía desde hacía mucho más de dos días.

— ¿Quién ha hecho el pan? — pregunté.

— La señora Zofia, de un pueblo vecino. Lo trae dos veces por semana.

— Es excelente.

— Se lo diré. Le gustan los cumplidos, especialmente cuando vienen de personas que no pretenden saber de panadería.

Lo miré por encima de la taza.

— ¿Es una indirecta?

— Todavía no. Apenas nos estamos conociendo.

Me reí antes de conseguir mantener la seriedad. Miłosz me devolvió la sonrisa y después deslizó hacia mí una pequeña hoja con un horario escrito.

— Antes de empezar, me gustaría acordar algunas cosas.

Leí la propuesta. Cuatro días de ensayos, una copia diaria de las grabaciones y una escucha conjunta del material al terminar cada jornada. Ninguna visita al estudio sin autorización previa. Nada de publicar fragmentos en las

redes sociales. El último punto se refería al derecho a interrumpir una sesión sin necesidad de explicar el motivo.

— ¿Esta es tu propuesta? — pregunté.

— Sí.

— La mayoría de los productores con los que he trabajado considerarían el último punto un desastre organizativo.

— La mayoría de los productores no ha trabajado contigo durante estos dos últimos días.

Lo observé con atención.

— ¿Qué quieres decir?

— Que cuando algo te supera, intentas tocar con todavía más precisión. Y cuando ya no puedes seguir, pides disculpas por necesitar un descanso.

No me gustó que lo hubiera advertido tan rápidamente.

— No conoces los motivos.

— No necesito conocerlos para evitar añadir más presión.

Durante un momento observé la hoja. Después saqué un bolígrafo y añadí mi propia condición: cualquier decisión relacionada con el uso, la difusión y la comercialización de las grabaciones requeriría el consentimiento expreso y por separado de ambas partes. No bastaría con un acuerdo verbal durante el trabajo.

Miłosz leyó lo que había escrito y asintió.

— Es razonable.

— ¿No vas a negociar?

— No veo por qué. Es tu música.